

AMISTAD ROTA Y I REHECHA

Pablo era un chico muy vivaracho, pero muy inquieto, con sus quince años recién cumplidos. Quería ser feliz, sentirse el dueño del mundo. Deseaba que todo el mundo le valorara más de lo que era: tan apuesto, tan simpático, tan capaz de todo..., pero la gente del pueblo le trataba como un vecino más y eso a él le molestaba mucho en su afán de ser el mejor. Siempre creía y decía que no necesitaba a nadie y se bastaba solo para todo.

En la escuela, algunos compañeros habían necesitado ayuda para ir aprobando los cursos, mientras él los había superado solo. Tenía la suerte de captar las cosas muy rápidamente y memorizarlas con facilidad.

Nuestro amigo Pablo no era feliz, porque ni los amigos ni la gente del pueblo le habían instalado en el pedestal que él creía y quería estar. Empezó a no hablar demasiado con la gente y a apartarse del grupo de amigos del pueblo. Eran demasiado poco para él, se buscaría otros en el instituto en la población cercana, que era donde iba a empezar a estudiar. Los otros chicos y chicas del pueblo también le fueron dejando.

En el instituto quiso seguir el mismo camino, hacer amigos supeditados a él. Tenía que ser el centro, el preferido de las chicas... Al principio parecía que no cayó mal, los compañeros no se daban cuenta de cómo era y lo integraron en el grupo, pero poco a poco se cansaron al descubrir que eran fichas que él movía como le placía y tenían que hacer siempre su voluntad.

Poco a poco fue quedando solo y sin que nadie lo quisiera en paseos ni en fiestas. Pasaba los ratos libres en soledad, sentado en un banco del paseo, sin compañía alguna.

Al inicio del segundo trimestre se incorporó a clase un chico forastero a la población. Llegó en reagrupación familiar. Sus padres inmigrantes llevaban dos años aquí.

Este chico era un joven moreno, alto, con unos ojos penetrantes. Se esforzaba en hablar la lengua nativa del país de acogida y seguir el nivel de estudios.

Para las chicas no pasó desapercibido: guapo, apuesto, y que quería ser amable con todos, enseguida le ofrecieron formar parte del grupo.

Él había aprendido, en su tierra, en catequesis, que debemos amarnos y acogernos; por eso agradeció mucho la acogida que le hacían, pero no podía entender por qué Pablo era rechazado, hasta el punto de que, de él, en el grupo, no se hablaba nunca.

Lucas, que era su nombre, se propuso acabar con aquella situación.

Aquel domingo, en misa, el cura leyó precisamente Juan 15, 12-13: “Amaos unos a otros, como yo os he amado”. Y al día siguiente, lunes, a la hora del recreo se acercó a Pablo, para invitarle a dar un paseo en bicicleta a la salida del instituto, aprovechando que habían terminado las evaluaciones y tenían poco trabajo.

Pablo, sorprendido, y a la vez agradecido, aceptó, y esa tarde se sintió feliz con el nuevo amigo que le ofrecía su amistad. Lo siguieron haciendo algunos días, bajo el pretexto, por parte de Lucas, de hacer prácticas de catalán, la lengua nueva para él y que quería aprender en breve.

Pablo se fue dando cuenta de que todas las personas tienen unos valores específicos y que no podemos menospreciarlas ni querer someterlas a nuestros caprichos.

Se tomó con mucha intensidad ayudar a aquel chico que, sin conocerlo, se había dirigido a él brindándole amistad.

Los otros compañeros del instituto empezaron a sentir una sana envidia de Pablo por la amistad con Lucas, y poco a poco, Pablo por un lado, y los otros por el otro, fueron destensando la cuerda que los separaba y volvieron a ser un grupo, donde todos se valoraban y respetaban por igual.

Aquella cita de Juan 15, 12-13, que Lucas llevaba de su tierra, grabada en el corazón, había hecho el milagro del reencuentro y la amistad.

¿Lo habiéramos hecho nosotros, en su situación?...